

todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. Ninguno puede servir á dos señores, y así vosotros no podeis servir á Dios y á Mammon. Por eso os digo, no os inquieteis por la vida, por lo que habeis de comer, ni por vuestro cuerpo por lo que habeis de vestir. Mirad las aves del cielo que no siembran ni cogen, y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿Por qué desasosegaros por vuestros vestidos? Mirad, los lirios del campo crecen; y ni trabajan, ni hilan. Salomon no está en su trono vestido como uno de ellos. No os desasosegueis preguntando ¿qué comeremos? ¿de qué nos vestiremos? Los gentiles se inquietan de esto, pero vuestro Padre Celestial sabe lo que necesitáis. Buscad primero el reino de Dios y su justicia; y lo demás se os dará por añadidura."

El Cristianismo, pues, traia principios que ninguna discusion ha producido, que ninguna discusion debilitará, porque son principios grabados indeleblemente en nuestra conciencia, en nuestra naturaleza. El hombre podrá dejar de seguirlos en su vida; pero no podrá dejar de adorarlos en su mente. El principio de igualdad desconocido de las antiguas sociedades será el primer principio cristiano. El vasallo será como su rey, el discípulo como su maestro, el esclavo como su dueño. Así en aquella sociedad cristiana el único rey es nuestro Padre Celestial, que levanta el sol sobre los poderosos y los humildes, y que sostiene con su aliento de vida desde los ángeles hasta el gusanillo perdido en el polvo de la tierra. Todos los cristianos se juntarán en esa idea de Dios como se juntan todos los mundos en los espacios. En las cenas cristianas llamadas agapas, porque el amor divino las protege, no hay ni esclavas que dancen, ni músicos que llenen el aire de alegres sinfonías; ni gladiadores que peleen, ni reyes del festin que deshojen rosas sobre los vasos de esmeraldas; ni corrompidos patricios, porque esclavos, gladiadores, mendigos, patricios, todos se sientan á una misma mesa, todos comparten un mismo pan; y su único cántico es el hosanna consagrado al Dios de las alturas; y su única alegría la esperanza de otra vida mejor; y su única ocupacion orar por los muertos, alentar al mártirio á los vivos, socorrer al pobre, curar al enfermo, unir todas las conciencias en el regazo de las virtudes religiosas, luz y vida del espíritu. Así el principio de la fraternidad se realiza. Los ricos y los pobres forman como un solo cuerpo en las Catacumbas. Aquellos dan lo superfluo para que estos tengan lo necesario. Las actas de los Apóstoles nos dicen que todos los que creian en Cristo, eran iguales, y cuanto poseian lo poseian para todos. Muchos

vendian sus propiedades y repartian su valor entre los necesitados; así no habia pobres ni ricos entre ellos. Era aquella una sociedad fundada en la igualdad, una familia de hermanos. Su ideal luminoso, purísimo, estaba en el cielo, y levantaba al cielo la decaída tierra. Era aquel verdaderamente el reino de Dios, sí, el reino prometido de la justicia, de la libertad, que aún esperamos ver renacer sobre la faz de la tierra. No habia allí ni señores, ni esclavos, ni soberbios, ni fuertes, ni cadenas; no habia mas que hombres libres, iguales, hermanos, adorando un mismo Dios, unidos en la felicidad y en la desgracia; entreveian desde la tierra para mayor consuelo un día sin noche, un sol sin mancha, un eterno ideal de justicia; sociedad espiritual que se levantaba entre el trono de los Césares y la ergástula de los esclavos, como el primer matiz de la alborada entre las sombras de la noche. Su virtud, su santidad, era su fuerza, y su palabra el único medio que tenia de estenderse por el mundo y de vencer y desarmar á sus perseguidores.

No habia remedio, aquella sociedad estaba destinada á vencer. Mientras la sociedad romana se hundia cada vez mas en el egoismo, la sociedad cristiana se elevaba en alas del amor. Cada pagano se encerraba en sí, cada clase en su privilegio, el César mismo era un gran solitario en la cúspide del mundo; y los cristianos compartian sus propiedades, su trabajo, sus dolores, sus esperanzas. El amor del sentido habia viciado la familia pagana hasta disolverla, y el amor divino del espíritu avivaba aquella sociedad cristiana de tribulaciones y dolores que ni siquiera podia respirar el aire libremente, ni invocar el nombre de su Dios á la luz del sol. La desesperacion arrastraba á los paganos al suicidio, y la esperanza en una vida infinita sostenia á los cristianos en el tormento y en el martirio. Cuando las viejas águilas romanas clavaban sus garras en el corazon de los cristianos, estos murmuraban las palabras del apóstol; *veritas liberabit vos*, y tenian una confianza divina en el triunfo de su libertad.

Mientras la Roma pagana moria por el odio enconado de unas clases á otras clases; odio del emperador al patricio, odio del patricio al plebeyo, odio á todos del esclavo, el cristianismo juntaba todas las clases, todos los hombres en aquella Iglesia universal, superior al mundo pagano y que flotaba pura sobre el mar de vicios en que se anegaba Roma. La Iglesia habia sido en el siglo primero Iglesia apostólica. A la esclavitud romana sustituia la libertad de discusion, al silencio del Imperio la palabra. Todos los cristianos se confundian en

un solo espíritu, y celebraban la Pascua del Cordero espiritual en el mismo día en que los materialistas adoradores del rito antiguo celebraban la Pascua del cordero material. Así el cristianismo llamaba á su regazo á todos los hombres hastiados de aquel vicioso festín del mundo antiguo. Durante el siglo segundo de la Iglesia, recatándose en lo posible de la persecucion pagana, alzaba sus aras junto á las aras de los antiguos dioses. En Efeso se elevaba al lado del oráculo de Diana la oracion de la nueva fé. En Corinto, en la ciudad de las fiestas paganas, celebraban los cristianos su severo culto. En la plaza de Atenas se oian sublimes palabras como no las habia pronunciado Platon mismo en los instantes de mas inspiracion y elocuencia. En Roma, bajo el trono de los Césares, ardia la llama de la nueva idea destinada á consumir el Imperio. Y todas estas Iglesias eran una por la fé, una sola por el amor. Los ancianos las gobernaban, y los diáconos eran los ministros de los ancianos. La eleccion popular designaba los que debian dirigir aquella sociedad. Los esclavos entraban en ella porque el cristianismo acababa de reconocer la unidad espiritual de los hombres. No podia la nueva religion desarmada emanciparlos socialmente, pero emancipaba su espíritu. La fiesta del sábado se traslada al domingo. Esta traslacion, que á primera vista nada significa, sin embargo, significa que los cristianos se apartaban del sentido estrecho del judaismo. Dos ceremonias celebraban todos los días, una cuando el sol surgiendo del Oriente, derramaba la alegría y la vida en el mundo; otra cuando el sol se duerme y convidan las tinieblas á la meditacion y al recogimiento; y en ambas entonaban coros sagrados mezclándose las voces de los niños, de las mujeres, de los jóvenes, de los ancianos, en un acorde religioso, y sentándose despues todos á una misma mesa á repartir el pan de cada día como en la oracion se repartian sus ideas y sus esperanzas.

La propagacion del cristianismo era verdaderamente rápida. Grandes oposiciones le cerraban el paso; pero estas oposiciones aumentaban la grandeza del cristianismo con la fuerza del contraste. El naturalismo antiguo, la religion de la naturaleza, no podia comprender aquel culto del Dios invisible, en que los holocaustos eran ideas, y desde sus altares manchados de sangre intentaba devorarlo como la serpiente al ave que cruza la inmensidad del éther. Pero el contraste del espiritualismo cristiano con el sensualismo antiguo, heria con viva luz los ojos de los hombres cansados de tinieblas. La corrupcion de costumbres se oponia tambien al cristianismo. No era fácil que el

romano renunciase á sus cenas orientales, á sus báquicas orgías, á sus viviendas encantadas, á sus teatros, á los juegos del Circo, y al amor sensual que lo devoraba. Pero en cambio, cuando veia á aquellos cristianos tan felices por los gozes del espíritu, tan serenos en la persecucion, tan resignados en el martirio, tan superiores á todos los hombres por sus ideas y por sus virtudes, la conciencia se despertaba en el espíritu del pagano y le recordaba la nativa nobleza de su espíritu y le infundia la esperanza en la inmortalidad. Así por una maravillosa combinacion, lo mismo que era causa de la persecucion, contribuia á fortalecer y propagar el cristianismo.

Por la virtud principalmente de sus ideas se extendia el cristianismo. A la virtud de sus ideas se unia la fuerza de su predicacion, la constancia de su propaganda. En el siglo tercero del cristianismo tenia escuelas en Antioquia, asamblea al pié del Cáucaso, sectarios en Persia, misioneros en la India, en el centro del Africa, hasta en los bosques inexplorados de Germania, que tan grande espanto ponian en el ánimo de Roma. Pero habia tres Iglesias que daban en este tiempo tres grandes elementos de vida á la propagacion del cristianismo; la Iglesia de Alejandría, la Iglesia de Cartago, la Iglesia de Roma. Alejandría, la ciudad de las sectas, de las bibliotecas, de las escuelas, el lecho nupcial del Oriente y Grecia, daba los grandes pensadores, los grandes filósofos de la nueva idea. Roma, la ciudad de la jurisprudencia, del derecho, de la política, daba los grandes jurisconsultos, los grandes organizadores de la nueva sociedad; y Cartago la ciudad de los antiguos guerreros africanos, la ciudad nómada, daba los soldados de la nueva idea que profesaban á la Roma pagana un odio tan grande como el odio de Anníbal. Alejandría pensaba, Roma organizaba y dirigia, Cartago luchaba. Así el cristianismo abrazando toda la vida del hombre se extendia por toda la tierra, por toda la habitacion del hombre. Pero especialmente triunfaba por las naciones occidentales. En las Galias ganaba grandes prosélitos. Tres religiones principales habia en las Galias; la griega en Marsella, la romana en Lyon, la celta en el interior y en el Norte. El cristianismo fundó en Lyon una grande Iglesia. Y sus misioneros no se contentaron con estender la idea cristiana por la Galia latina, sino que la llevaron tambien á los templos celtas, á los bosques oscuros y espesos, donde gemian los dioses al par de las aves carniceras, donde el sol no penetraba con sus rayos ni las estrellas con sus reflejos, donde crecian á su antojo las plantas y sobre el tronco de la encina el verde muérdago, donde se escuchaban

cantos feroces y estridentes como el choque de las espadas en el campo de batalla, y donde se veían sobre el ara que destilaba sangre tendidos los cuerpos humanos con un cuchillo en la garganta; holocausto ofrecido á las divinidades bárbaras y vengativas, cuyo aliento era como el soplo de la muerte, cuya única idea la guerra, cuya única satisfacción la venganza. Y seguía el cristianismo su camino, y entraba en las selvas de los germanos y llamaba á su humano culto á los sacerdotes que rociaban con sangre los templos, con sangre las aras, con sangre los altares. Y se extendía también por los últimos límites de Occidente, por España, donde en tiempo de Domiciano ya contaba defensores, donde mas tarde tuvo mártires como Fructuoso de Tarragona, como Vicente de Valencia, como Justa y Rufina de Sevilla, como los innumerables que murieron en la tierra sagrada de Zaragoza, y obispos como Ozio, honra de la humanidad, y concilios como el de Iliberis que por sus doctrinas y por sus leyes pudo servir de modelo á la Iglesia universal.

Concluyamos, señores, porque el tiempo apremia, y os he molestado ya bastante. Los que creen que el mundo se pierde, los que á todas horas nos anuncian que se oye sonar en el aire la trompeta del juicio final, los que desesperan de esta sociedad, y no creen en el progreso, pueden contemplar estos siglos en que una sociedad decaía consumida por sus vicios; y se levantaba otra sociedad llena de virtudes, para convencerse así de que Dios jamás abandona el mundo de su mano, y de que la libertad crece, y el progreso se cumple bajo la protección de la Providencia. (Entusiastas y repetidos aplausos.)

## LA FILOSOFIA ALEJANDRINA.

### LECCION CUARTA.

Señores:

Confieso ingenuamente que siempre que comienzo mis lecciones me asalta inusitado temor que embarga mi ánimo y hiela mi palabra. Hay algo que me aterra mas que la magnitud del asunto y la debilidad de mis fuerzas; y es, ¿lo creereis? vuestra inagotable benevolencia. Al ver vuestro interés, vuestro entusiasmo por escucharme, y lo poco que merezco ese interés, ese entusiasmo, tiemblo, vacilo, y si me aconsejara solo de mi corazón, descenderia de esta cátedra y ocultaria mis pobres ideas en merecido silencio. Digo esto, no por afectación retórica de que soy incapaz, atendida la ingenuidad de mi carácter; lo digo por convencimiento íntimo, profundo, cada día mayor en mi ánimo. Yo no podria negar sin notoria ingratitud que el entusiasmo de los que me escuchan excede los límites del encarecimiento; pero tampoco podria desconocer sin orgullo que ese entusiasmo nace, no de mi palabra, pálida y pobre, sino de las ideas de regeneración científica y política que tenazmente defiendo. Yo valgo poco en mí, y mucho menos en presencia de mi idea. Y si alguna vez he debido hacer estas reflexiones sin duda alguna, es en esta noche en que voy á hablar de la filosofía alejandrina, materia difícil, abstracta, poco idónea para los arranques de la elocuencia, para las galas de la palabra. A esto se aña de lo que debemos confesar sin rebozo, nuestra inesperienza filosófica.